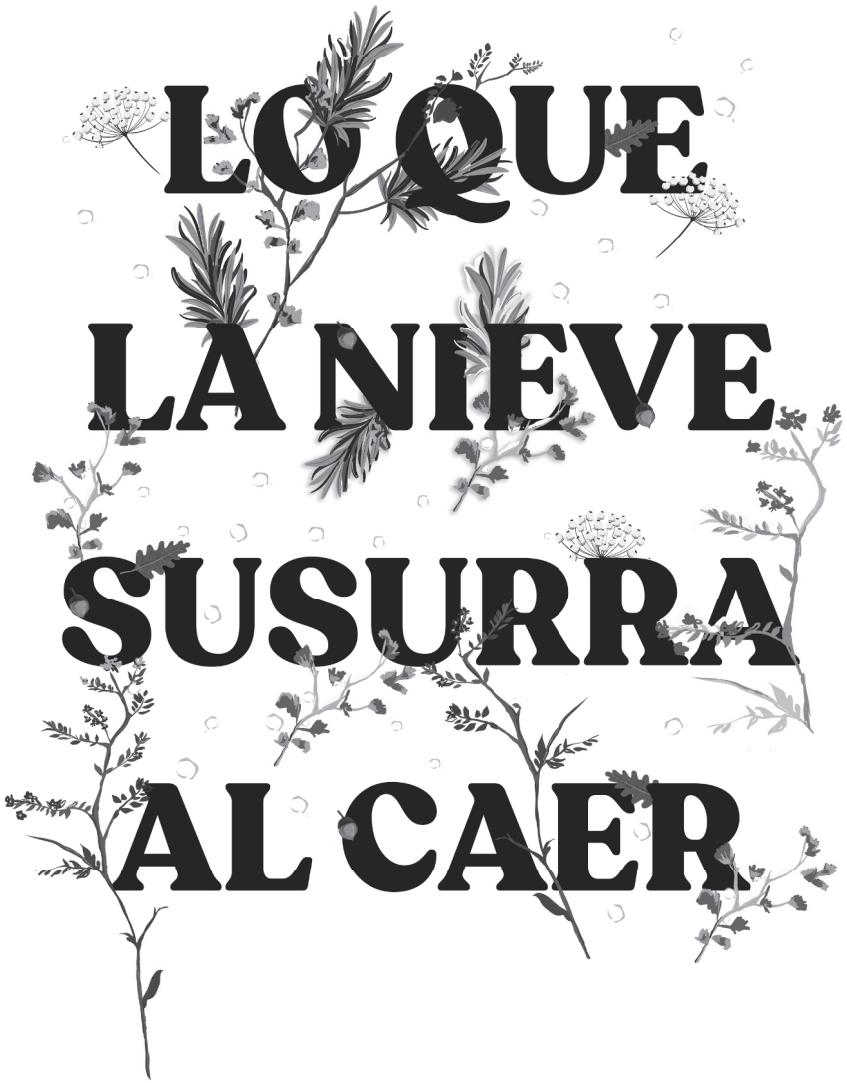
María Martínez

LO QUE LA NIEVE SUSURRA AL CAER



CROSS BOOKS

1
Hunter

Octubre

Había perdido la cuenta de los días que llevaba sin salir de casa. Cajas de pizza, latas de refrescos y botellas de cerveza se acumulaban sobre los muebles y el suelo. Olía a comida estropeada y puede que hubiera algo muerto bajo el sofá. O quizá ese tufillo a descomposición emanaba de mí y la había palmado de un coma etílico sin darme cuenta. Sin embargo, dudaba de que a un muerto le doliera la cabeza como si alguien se la estuviera taladrando con un martillo percutor.

Sentado en el suelo del salón, repasé la última estrofa que había añadido. Me pasé la mano por el pelo sucio y, enrabietado, tiré de algunos mechones hasta hacerme daño. Últimamente, se me daba de fábula enfadarme conmigo mismo y el resultado era destructivo.

La leí otra vez. Menuda mierda. Ni con unos buenos arreglos podría lograr que fuese algo mejor que vomitiva. Arranqué la hoja del cuaderno y la arrugué con rabia. Después la lancé al aire y cayó sobre el manto de bolas de papel que cubría hasta el último rincón. Una cerilla y aquel sitio ardería en segundos.

Tentador.

Llevaba casi un año sin componer nada decente, algo de lo que pudiera sentirme orgulloso, y esa sensación de fracaso me estaba matando. No tenía ni idea de adónde había ido a parar mi inspiración. Ese impulso que me hacía escribir sin parar y crear canciones, por las que las discográficas estaban dispuestas a pagar mucha pasta para incluirlas en los discos de sus artistas.

Ese era mi trabajo desde hacía varios años, cuando firmé un contrato de compositor con una agencia que me colocó en primera línea en apenas un año. Me había costado mucho llegar hasta allí. Construirme un nombre y que las grandes empresas quisieran trabajar conmigo. Mis temas habían llegado a la Hot Country Songs y a los premios de la CMA y de la ACM. Para alguien que no había logrado terminar sus estudios, aquella vida era un sueño cumplido. El puto paraíso.

Ahora, ese paraíso estaba a punto de desmoronarse y no sabía por qué.

La música que antes me hacía feliz ahora era una pesadilla. Quizá fuese por la presión de los contratos, las compañías que querían meter las narices en un proceso que solo era mío o los artistas tocapelotas que no sabían hacer nada más allá de entonar y que pretendían darme lecciones de composición. Aunque nada de eso había sido un problema antes.

Sonó el teléfono y le eché un vistazo. Era Scarlett, mi agente.

Descolgué, porque ella era la única persona en el mundo a la que respetaba lo suficiente como para no comportarme como un capullo.

—¿Por qué has desconectado el timbre? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—¿No es evidente?

—Abre la maldita puerta, Hunter, o buscaré a alguien que la eche abajo.

Vivía en la planta superior de un viejo almacén reformado en Gulch, Nashville. La cuna del *country*. Si eras alguien dentro de ese mundo, tu lugar estaba allí. Si querías serlo, esa ciudad era la única en la que podías conseguirlo.

Me puse en pie a regañadientes y me dirigí a la escalera. Troté hasta la planta baja, que usaba como garaje y entrada principal, y empujé el portón de metal. Scarlett me esperaba al otro lado con su aspecto más profesional: vestido entallado negro y tacones de aguja, gafas de sol y maletín. Labios del color del vino tinto y la melena caoba recogida en un moño. Un recipiente precioso, que ocultaba un tiburón.

Scarlett era muy buena en su trabajo y no se dejaba intimidar por nada ni por nadie. Sabía lo que quería y no cedía un ápice cuando se trataba de negociar. Conocía el valor de lo que representaba y lo defendía con uñas y dientes. Gracias a ella, podía permitirme una vida cómoda y sin preocupaciones económicas haciendo lo que más me gustaba.

Se quitó las gafas y me miró de arriba abajo.

—¿Cuánto hace que no te duchas? Apestas. ¿Y desde cuándo no duermes? Menuda cara.

Estiré los labios en una mueca.

—Yo también me alegro de verte. —Ella puso los ojos en blanco y pasó a mi lado—. Es mejor que no entres ahí —me apresuré a detenerla.

No me hizo caso. Soltó un gruñido y subió la escalera.

La seguí.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó nada más cruzar la puerta—. Este sitio es una pocilga.

—No recuerdo que te haya invitado a subir.

—Oh, cierra el pico. —Apartó un par de cajas de pizza y se sentó en el sofá—. ¿Cuánto hace que no limpias?

—No tengo tiempo.

—Pues contrata a alguien.

—No me gusta que toquen mis cosas.

Me miró fijamente hasta ponerme nervioso. Se le daba bien.

—¡¿Qué?! —salté.

—Iba a preguntarte si ya tenías algo nuevo, pero intuyo que no es así.

Resoplé en respuesta.

Ella paseó la vista por todas las bolitas de papel y pescó una al azar. La abrió con las puntas de los dedos y la leyó en silencio. Sus ojos se clavaron en mí muy abiertos.

—Hunter, esto... esto es bueno, ¿por qué lo has desechado?

Se la arrebaté de la mano y la tiré de nuevo.

—Es basura. Hay miles de canciones como esa. No tiene nada de especial —repliqué.

—Eres demasiado exigente contigo mismo.

—Ese no es el problema —bufé.

—Entonces, explícame cuál es.

—No es buena, ninguna de esas canciones lo es.

—¿Y qué crees que les falta?

—Todo, están muertas.

—Muertas... —repitió paciente.

—Tan muertas como yo, Scarlett, porque no siento nada. No hay nada dentro de mí, solo silencio. —Señalé el suelo con un gesto de rabia—. Todas esas palabras están vacías. Me convertiría en un fraude si dejara que alguien las cantara. Sabes que yo no soy así.

—Sé que no eres así, y también sé que esas estrofas son buenas.

—No lo suficiente.

—Lo son, aunque tú no consigas verlo, y me pregunto por qué.

Negué con un gesto de burla.

Scarlett sacudió la cabeza y suspiró frustrada. Tenía motivos para sentirse molesta conmigo, no se lo estaba poniendo nada fácil con mi actitud.

—Hunter, llevas casi un año tirando a la basura todo lo que compones.

—Soy muy consciente, gracias.

—¡Casi un año!

—Sé contar —repliqué con la mandíbula tensa.

—No te hagas el tonto conmigo, sabes a qué me refiero.

Por supuesto que lo sabía y por nada del mundo quería hablar del tema.

—Lo que pasó no tiene nada que ver con esto.

—Y un cuerno, Hunter, desde que esa carta llegó, no has vuelto a ser el mismo. No es que hasta entonces fueses un tipo adorable, pero eras soportable y tu talento compensaba la falta de encanto y habilidad social.

Esbocé una leve sonrisa. Me gustaba Scarlett porque era la única persona que se atrevía a decirme lo que pensaba y me obligaba a poner los pies en la tierra. No me hacía la pelota ni me adulaba para tenerme contento. No necesitaba ese tipo de gente a mi alrededor. No la soportaba. Ya había caído dentro de esa jaula dorada, donde te hacen creer que eres indispensable y único, hasta que llega alguien mejor que tú y te conviertes en prescindible.

Palpé mis bolsillos en busca del tabaco y un mechero. Antes de encender el pitillo, dudé un instante. Lo dejaba un tiempo y luego volvía a fumar. Siempre en épocas en las que me agobiaba: me calmaba los nervios.

Abrí la ventana y di una profunda calada.

—Eso acabará matándote —me advirtió Scarlett.

Sus ojos se toparon con los míos y levantó las cejas, retándome. No quería discutir con ella, así que lo apagué en la

tierra seca de una maceta, cuya planta había muerto hacía semanas. Alcé los brazos en un gesto que quería decir «¿contenta?».

Scarlett se incorporó del sofá y vino hacia mí, tan decidida que me puse en guardia. Conocía esa mirada dura. Lo que venía después. También que no quería oír lo que tenía que decirme.

—Se acabó. No puedes seguir así, es destructivo —me recriminó severa. Abrí la boca para replicar, pero enmudecí cuando me apuntó con el dedo—. Mira, no sé qué demonios te pasa en realidad, pero va siendo hora de que lo averigües. Debes encontrar el problema y buscar una solución. No puedes pasarte la vida encerrado entre estas paredes, lamentándote de tu existencia. ¿Crees que eres el único con una vida de mierda? Pues déjame decirte que no tienes ese privilegio. Así que actúa como hacemos todos cuando las cosas se tuercen: haz deporte, adopta una mascota, sal con amigos...

—¿Qué amigos?

—Si devolvieras las llamadas y sonrieras un poco más, harían cola frente a tu puerta.

Me burlé de sus palabras con una mueca y ella me dio un codazo en las costillas.

—¡Ay!

—En serio, tienes que salir de esta casa. Mejor aún, sal de la ciudad.

—¿Y adónde quieres que vaya?

—¿Qué te parece California?, es una buena época para visitar la costa. Sol, playa, chicas... Quizá encuentres a alguien que te guste.

—Ya tengo a alguien que me gusta.

Hizo un ruidito con la garganta.

—Esa loca no cuenta.

—No hables así de Lissie, por favor —susurré agotado.

No era ningún secreto que Scarlett odiaba a Lissie y que ese sentimiento era mutuo. Scarlett la consideraba una persona tóxica, que me estaba utilizando para abrirse puertas, y no era la única que lo pensaba.

—¿En serio? ¿Has leído las declaraciones que hizo a esa revista sensacionalista? Miente más que habla, y no tiene ningún reparo en echarte a los tiburones para ganar popularidad.

Bajé la mirada al suelo y se me encogió el pecho con un sentimiento de añoranza al pensar en la chica con la que salía. Con el paso del tiempo, Lissie se había ido transformando en una extraña. No dudaba de que la mujer alegre y extrovertida que conocí dos años atrás seguía dentro de ella. Sin embargo, cada vez era más difícil encontrarla. Su carrera como cantante no terminaba de despegar y vivía en un estado constante de frustración del que, en cierto modo, me hacía responsable.

Salir conmigo la acercó a los focos, la prensa especializada se fijó en ella, y su primera oportunidad no tardó en presentarse. No le fue bien. Tiempo después, continuaba siendo más conocida por salir con Hunter Scott que como artista. Lissie Bell, quien soñaba con llegar a ser la próxima Carrie Underwood y copar las listas, solo logró un paso fugaz por la Hot Country Songs con su primer sencillo.

Ahora habían surgido unos rumores que aseguraban que Lissie me había sido infiel y yo me negaba a creérmelos. O no quería creérmelos. Quizá porque nunca había podido tener una relación sana con nadie, y con ella había conseguido algo que se le parecía y me hacía sentir más normal. Menos solo.

—No es la primera vez que un periodista malinterpreta sus palabras —salí en su defensa.

—Y, visto lo visto, tampoco será la última. Por Dios, Hunter, ¿cuándo vas a darte cuenta de que no la necesitas?

Esa mujer no te hace ningún bien. Solo le interesan tu fama y la visibilidad que puedes darle.

Noté una punzada dolorosa bajo el esternón, que me hizo apretar los dientes. ¿Nadie se planteaba que pudiera gustarle por mí mismo, aunque solo fuese un poco, sin que mi cuenta corriente o mi fama tuvieran algo que ver?

—¿Y por qué te molesta? Tú también estás aquí por tu propio interés —salté con malos modos.

—¿Qué acabas de decir?

—Son mis canciones las que pagan tus facturas.

No se inmutó.

Suspiró con una pequeña sonrisa en los labios y se apoyó en la repisa de la ventana.

—¿Y? Mi fe en ti y mi dinero pagaron las tuyas mientras te colocaba en lo más alto y te convertía en el compositor que eres ahora. ¿Quieres que discutamos quién le debe más a quién? Aunque yo preferiría hablar del verdadero motivo por el que me atacas e intentas hacerme daño, y es porque sabes que estoy en lo cierto sobre Lissie. Del mismo modo que sabes que la única razón por la que me preocupo por ti es que me importas mucho. Aunque no te lo merezcas cuando te comportas como un imbécil.

Sus palabras me hicieron sentir la peor persona del mundo. No se merecía que pagara con ella mis problemas. Me froté la cara y dejé que mi espalda resbalara por la pared hasta acabar sentado en el suelo. Mi yo racional sabía que Scarlett tenía razón en todo lo que decía, y si seguía con esa actitud acabaría decepcionándola aún más. Ese pensamiento me angustiaba. Ella era lo único bueno y constante en mi vida. Me protegía e impedía que me derrumbase. Todo lo que había logrado se lo debía a su fe en mí.

Scarlett se arrodilló a mi lado y me peinó con los dedos. Fue un gesto cariñoso, maternal. La miré y en sus ojos percibí

la preocupación que sentía por mí. Pasamos unos minutos sin mediar palabra. Me incliné hasta que mi cabeza encontró apoyo en su hombro y el pecho se me encogió con una necesidad.

—Tengo que recuperar mi música o me volveré loco —confesé en un susurro.

—Tu música no ha ido a ninguna parte, Hunter, sigue dentro de ti. Es un órgano más en tu interior, porque esa sensibilidad tan especial que tienes para componer no se gana ni se aprende, se nace con ella.

—¿Y por qué no la oigo si sigue ahí?

—No tengo esa respuesta, pero sí sé cuándo dejó de sonar.

Me aparté de su lado como si algo me hubiera empujado con un golpe seco. Sacudí la cabeza. No quería volver a ese tema, pero ella no parecía pensar lo mismo.

—Hunter, sé que no te gusta hablar de este asunto...

—Pues no lo menciones —la corté.

—Tu inspiración enmudeció después de esa carta. Lo sabes mejor que yo, y no entiendo por qué no quieres afrontarlo.

—Porque no hay nada que afrontar, Scarlett. Quienes creía que eran mis padres no lo son y ya está. Tomaron la decisión de adoptarme, de mentirme, y me hicieron sentir que era un gran error en sus vidas perfectas. Así son las cosas, me gusten o no, y debo vivir con ellas —sostuve convencido. Me froté la nuca y eché la cabeza hacia atrás—. En el fondo, fue un alivio averiguar que no eran mis padres.

Scarlett inspiró hondo y clavó sus ojos oscuros en mí. Me observó con cautela.

—¿Y qué hay de tu madre? La de verdad.

—¿Qué pasa con esa?

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Crees que mi bloqueo tiene que ver con ella?

—¿Lo tiene?

—¡No!

—¿Estás seguro? Porque desde que recibiste esa carta...

—¡Y dale con eso! —gruñí al tiempo que me ponía en pie y sacaba otro cigarrillo de la cajetilla—. Esa mujer me importa menos que nada. Se quedó preñada y luego se deshizo de mí. Me da igual si está enferma. Me importan un cuerno su conciencia y saber por qué lo hizo. Allá cada cual con sus remordimientos. Solo busca mi perdón para poder morirse en paz.

El rostro de Scarlett se contrajo en una expresión de horror.

—Eso es muy cruel, Hunter. Y no deberías juzgar a nadie sin conocer su historia. La perspectiva depende de los zapatos que calzas.

—¿La estás defendiendo? —Alcé la voz sin poder evitarlo.

—Yo no defiendo a nadie, pero tampoco acuso sin saber. Es cierto, te abandonó, pero desconoces por qué lo hizo. Quizá haya un motivo, ¿no quieres saberlo?

—No.

—¿Y si averiguar la verdad es lo que necesitas para recuperar tu música?

Sacudí la cabeza con vehemencia. Me negaba a prestarle oídos a esa duda.

—No quiero seguir hablando de esto.

—Hunter...

—Por favor, déjalo ya.

—Está bien —suspiró y se puso de pie.

Arregló la falda de su vestido y luego tomó sus cosas del sofá.

—Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

Asentí, sin atreverme a levantar la vista del suelo.

En cuanto oí que la puerta se cerraba, me dejé caer en el sofá. Eché la cabeza hacia atrás y contemplé el techo. Estaba hecho un lío, perdido y roto, y no sabía cómo había llegado a

ese punto. Imagino que, una vez que te rompen el alma, nunca vuelves a ser el mismo. Cualquier inseguridad hace que el miedo se apodere de ti y la razón te abandona. El orden desaparece y todo se descontrola. Sin embargo, no te das cuenta de lo que ocurre. Solo sabes que nada va bien y tus pasos, al igual que tus pensamientos, se adentran cada vez más en un laberinto sin luz en el que no hay ninguna señal que te permita alcanzar la puerta de salida.

Acabas creyendo que esa puerta ni siquiera existe.